

MARÍA JOSÉ RODRIGO MORA
Università di Bologna

Metáfora y discurso en Ortega y Gasset

La filosofía, en cuanto rama de las ciencias humanas que se ocupa más radical y abstractamente del problema del saber y de su uso en favor del individuo y de la sociedad en general¹, ha demostrado desde sus mismos orígenes una honda preocupación por la enigmática y, al parecer, imprescindible figura retórica de la metáfora, adelantándose a menudo con sus reflexiones a las surgidas en ámbito literario o lingüístico. En efecto, la definición y las consiguientes consideraciones sobre su función en el lenguaje nacen directamente entrelazadas con el discurso filosófico, ya que como es bien sabido fue Aristóteles en su *Poética* quien primero dio una explicación coherente de la metáfora, describiéndola como la aplicación a un objeto de un nombre que en realidad pertenecería a otra cosa, definición que aún continúa vigente y que con frecuencia sigue siendo el punto de partida de los tratados de las distintas disciplinas que hoy en día se ocupan de ella.

El amplio interés suscitado en estos últimos años se debe a que se ha comenzado a admitir que el proceso de metaforización lingüística, además, claro está, de ser fundamental en los textos artísticos, es uno de los más habituales en la creación de términos léxicos que sirven para la expresión de los aspectos específicos de la cultura, de las instituciones sociales o de la ciencia y sus derivaciones técnicas. La descodificación de la metáfora suele requerir una fuerte implicación en el razonamiento argumentativo por parte del receptor, lo que la convierte en un recurso eficaz tanto para comu-

¹ Para Nicola Abbagnano (1971²) es capital la definición del *Eutidemo* platónico, según la cual "La Filosofia è l'uso del sapere a vantaggio dell'uomo".

nicar información de carácter muy específico o altamente tecnológico, pues la restringida franja de especialistas sin duda poseerá los conocimientos suficientes para interpretarla, como para transmitir un mensaje a un amplio público, desde el momento que es un medio esencial allí donde comunicar significa no sólo informar sino también persuadir, como sucede por ejemplo en el lenguaje político o en la publicidad.

Sin embargo, no obstante su abundante uso, la complejidad de establecer en qué consiste la metáfora y la dificultad de describir cómo funciona se refleja en la evidente ausencia aún en la actualidad de una definición menos mecanicista que la aristotélica que satisfaga a la mayoría de los estudiosos. Por lo que respecta a esta cuestión, situándose sólo en la primera mitad del siglo XX, es factible establecer una división bipolar entre los enfoques que se han adoptado ante ella: por un lado, se consideraba que era la mayor manifestación de la potencia creadora del lenguaje, mientras que por otro lado, en cambio, se resaltaba su uso desviado y secundario con respecto a la norma lingüística y al sentido literal del lenguaje corriente².

Precisamente en ese marco hay que ubicar el artículo de José Ortega y Gasset que con el título *Las dos grandes metáforas*³ se publicó en 1924 en ocasión del segundo centenario del nacimiento de Kant, y según puntualizaba ya Lázaro Carreter que comentó dicho escrito a principios de la década de los años ochenta, a primera vista podría parecer un “sorprendente homenaje” dado que nunca se alude al filósofo alemán ni tampoco a su pensamiento, y por ello tal vez, proseguía Lázaro, habría que interpretar el texto orteguiano como una glosa a algunas observaciones estilísticas formuladas por Kant en la *Crítica del juicio* en donde, ante la constatación de que a veces es imposible expresar directamente ciertos conceptos, se avanza la propuesta de recurrir a algunas figuras retóricas para hacerlos más accesibles al presunto destinatario del discurso⁴.

Quizá no se pueda desechar tampoco la sugestión indirecta de

² Casadio (1996: 16).

³ Ortega y Gasset (1957a: 387-400).

⁴ Lázaro Carreter (1990b: 114).

la escritura de Nietzsche, que Ortega había admirado en su juventud, y que había hecho de la metáfora un uso desmesurado, pues, en cierta medida, identificaba filosofía y poesía⁵. El pensador español seguramente aún bajo su influjo, y sin lugar a dudas al menos tan preocupado como él por el tema del estilo, se propone equilibrar la utilización del tropo en la prosa filosófica, y para reforzar su argumentación reniega del presunto carácter especulativo y subjetivo, e incluso poético, que ha acompañado históricamente a esta disciplina, y sin titubeos en su breve ensayo engloba la filosofía con la ciencia. Frente al interrogante de si es legítimo o no el empleo de metáforas en un discurso reflexivo que pretende corregir todo exceso metafísico, la primera premisa que establece es que: "Cuando un escritor censura el uso de metáforas en filosofía, revela simplemente su desconocimiento de lo que es filosofía y de lo que es metáfora. A ningún filósofo se le ocurriría emitir tal censura. La metáfora es un instrumento mental imprescindible, es una forma de pensamiento científico"⁶.

El núcleo del problema no se reduce a la aceptación o al rechazo de esta figura en el plano de la escritura filosófica, la cuestión para Ortega va más allá, porque intenta demostrar que a la metáfora hay que incluirla con pleno derecho entre de los instrumentos lógicos que un científico puede emplear⁷, puesto que no está circunscrita en el mero plano de la expresión lingüística, sino que es una capacidad psicológica individual susceptible de ser explotada por el investigador. Así puntualiza que "[...] la necesitamos inevitablemente para pensar nosotros mismos ciertos objetos difíciles. Además de ser un medio de expresión, es la metáfora un medio esencial de intelección", añadiendo también que es un procedimiento intelectual para captar y aprehender los conceptos que están casi

⁵ Lázaro Carreter (1990b: 118-119).

⁶ Ortega y Gasset (1957a: 387).

⁷ Pasotti (1996: 88-89) resalta la importancia de la metáfora para T. Kuhn, quien después de su famoso ensayo *The Structure of Scientific Revolutions* (1962), hace suyas en *Metaphor in Science* (1979) las ideas de R. Boyd que afirmaba que las metáforas son elementos "constituyentes" de la teoría científica, y pueden servir para describir cualidades presentes en términos que en el momento en que se introducen en dicha teoría carecen aún de una explicación exhaustiva.

en el límite de nuestra capacidad de comprensión, porque sirve para poner en contacto lo remoto y desconocido con algo semejante, pero más próximo y conocido⁸.

Esta intrínseca relación entre metáfora y concepto es una magnífica intuición de Ortega, aunque evidentemente, al enfocarla desde su posible utilidad para la reflexión intelectual, no llega en ningún momento a esbozar una hipótesis tan tajante, y que tanto eco ha tenido en estos últimos tiempos, como la de Lakoff y Johnson (1980) para quienes una buena parte del conjunto del sistema conceptual en el que se sustenta una determinada cultura se basa en una serie de metáforas elementales, que a su vez se reflejan en nuestro sistema lingüístico con una gran variedad de formas, desdibujándose, durante este proceso, la tradicional y decisiva distinción entre el sentido metafórico y el literal. Ortega también admite la improcedencia de esta distinción para la poesía, donde la metáfora posee un sentido constituyente, pero en el caso de la ciencia, por el contrario, cree que es necesario diferenciar con claridad entre el referente y su concreta realización lingüística, porque en ella el oficio de la metáfora es sólo suplente. Asegura, además, que el científico o el filósofo son conscientes de que se está usando un mecanismo conceptual aproximado, con una expresión lingüística falsa, para llegar a la verdad. Todo ello lo sintetiza Ortega afirmando: “La poesía es metáfora, la ciencia usa de ella nada más”, apostillando a continuación con castiza autoironía: “También podría decirse: nada menos”⁹.

El paso previo a la delimitación de los campos y los modos de aplicación de la figura a lo largo de *Las dos grandes metáforas* parece que es hallar una definición, y el filósofo español hace lo posible por especificar bien qué es lo que él entiende por metáfora, y empieza separando las simples transposiciones de un nombre como “moneda” o “candidato”, cuyo origen sería metonímico, de las metáforas genuinas como “el fondo del alma”, ejemplo que no es contundente¹⁰ porque está muy cerca de la catacrexis, o sea, de la metáfora

⁸ Ortega y Gasset (1957a: 390-391).

⁹ Ortega y Gasset (1957a: 387).

¹⁰ Lázaro Carreter (1990b: 117).

plenamente incorporada a la lengua usual. A tal propósito, Ricoeur apelando a la autoridad del tratadista Pierre Fontanier, que en la primera mitad del siglo XIX publicó *Les Figures du discours*, niega tajantemente que la catacrexis pertenezca a la categoría de la metáfora, y si “ceguera” significa también “dificultad para comprender”, esta acepción es una simple extensión de la original, porque en ella falta la ligazón libre entre dos significados que es fundamental para que exista el tropo-figura¹¹.

La realidad es que, quizá para evitar definiciones tautológicas, en el texto orteguiano se define la metáfora con arreglo a su utilidad para el pensamiento especulativo¹² sin conseguir, o sin querer, especificar más. Se señala que sería ventajoso usarla¹³ por lo que respecta a la terminología, ya que “cuando el investigador descubre un fenómeno nuevo, es decir, cuando forma un nuevo concepto, necesita darle un nombre. Como una voz nueva no significa nada para los demás, tiene que recurrir al repertorio del lenguaje usadero, donde cada voz se encuentra ya adscrita a una significación. A fin de hacerse entender, elige la palabra cuyo usual sentido tenga alguna semejanza con la nueva significación. De esta manera, el término adquiere la nueva significación a través y por medio de la antigua, sin abandonarla. Esto es la metáfora”¹⁴.

Ortega parte para su razonamiento de una concepción bastante difundida, según la cual la semántica de la palabra se concreta en el nivel léxico, y la metáfora es ante todo el cambio de sig-

¹¹ Ricoeur (1997: 85).

¹² Ortega (1957a: 391-392) para ilustrar el proceso de formación metafórica pone un ejemplo literario: la *Silva a la ciudad de Logroño* de Lope de Vega donde los surtidores de las fuentes se identifican con lanzas de cristal, con las que comparten algunos rasgos abstractos como son la forma, el color y la dinamicidad.

¹³ Cacciari (1991: 25-26) propone un amplio abanico de usos que sería útil tener en cuenta para la elaboración de una tipología de las funciones de la metáfora. Entre ellos destacan, además del instrumental para la investigación científica y para la configuración de la función poética en los textos literarios, el uso argumentativo, típico de los tratados o ensayos filosóficos y políticos, el comunicativo cuya finalidad es hacer más vivaz el habla cotidiana, el de la expresión de las emociones, y también el uso educativo, pues la metáfora en este caso sirve para incrementar la competencia metalingüística y la creatividad.

¹⁴ Ortega y Gasset (1957a: 388).

nificado de un término único, siendo además una unidad semántica independiente del contexto. Evidenciar la necesidad de una semejanza para que sea posible el cambio semántico carece completamente de originalidad, pero lo importante es que el filósofo afirma, asimismo, que la adquisición del nuevo significado por parte de la palabra no implica la pérdida total de su significación primigenia: la hace “por medio de la antigua, sin abandonarla”, con lo que supera en buena parte los viejos enfoques sustitutivo y comparativo. Debido a esto, Lázaro Carreter lo ha considerado un precursor, ya que publicó su ensayo doce años antes¹⁵ de la formulación de la famosa teoría de la interacción de rasgos propuesta por Ivor Armstrong Richards en *The Philosophy of Rhetoric* (1936) donde se diferencia entre la idea subyacente, denominada *tenor*, y el signo bajo el cual se expresa esa misma idea, llamado *vehículo*, que son las dos mitades que actúan al unísono dialécticamente para producir el tropo.

La ventaja que supuso en su momento la introducción de los no demasiado transparentes términos *tenor* y *vehículo*, “vocabulario esotérico” según Ricoeur, es la de subrayar que las palabras no poseen un significado propio, sino que se lo da el discurso en el que están insertadas. Esta línea teórica fue seguida luego por Max Black, para quien la metáfora es una frase donde algunas palabras se emplean metafóricamente y otras no, de esta manera se la separa del proverbio, la alegoría o el enigma, expresiones en las que todas las palabras han sufrido un proceso de metaforización¹⁶.

La teoría de la interacción de rasgos de Richards es de corte semántico, y dio un gran impulso a los estudios sobre el tema, aunque en los últimos años, sin embargo, se ha convertido en uno de los blancos favoritos de la lingüística pragmática. Así, por ejemplo, Escandell Vidal demuestra que en frases del tipo *Juan es un pirata* o *Juan no es un lince* a pesar de no haber incompatibilidad de rasgos semánticos entre los sustantivos que en ellas aparecen, ya que *pirata* pertenece a la esfera de lo humano y la animalidad del término *lince* está neutralizada con la anteposición de la negación, es

¹⁵ Lázaro Carreter (1990b: 123-125).

¹⁶ Ricoeur (1997: 109-114).

evidente que ambas frases son susceptibles de ser interpretadas como enunciados metafóricos. Para Escandell Vidal el problema de un enfoque semántico radica en que es imposible traspasar el límite de lo oracional, y no se pueden poner en funcionamiento estrategias inferenciales que permitan interpretar la metáfora de la manera más relevante posible¹⁷. Pero volviendo al texto orteguiano, es menester subrayar el salto cualitativo desde la inicial propuesta, donde se concibe la metáfora como una unidad estática equivalente a una sola palabra y situada desde un punto de vista lingüístico en el nivel léxico semántico, hasta la posterior concepción, donde es un foco instrumental inventado subjetivamente por el sujeto pensante, en torno al que se agregan nuevos significados a través de un bien determinado proceso dialéctico, pues apelando a la conciencia de dicho sujeto: “Al pensar que A es B, se le fuerza a corregirse y pensar que A no es B; pero apenas se ha trasladado a esta nueva opinión tiene que volver a la primera, y así perennemente”¹⁸.

En suma, la metáfora considerada, por lo tanto, como medio de conocimiento y explicación de conceptos complejos, y cuya inserción en escritos filosóficos ofrece una serie de ventajas de uso que comparte con los textos especializados en general, como son: en primer lugar, mayor transparencia que la adopción de un neologismo, porque su efecto se basa en la similitud entre dos términos previamente conocidos; en segundo lugar, su gran capacidad de síntesis dado que para formar la metáfora hay que activar conocimientos ya adquiridos por el interlocutor; y, por último, su poder de persuasión porque gracias a su concreción expositiva hace accesibles conceptos difíciles de expresar con otros medios¹⁹.

Por lo que respecta al engarce entre metáfora y discurso, se ha de admitir que las ideas de Ortega coinciden en gran medida

¹⁷ Es bastante significativo de la importancia que para la lingüística pragmática reviste la metáfora el hecho de que, en su ensayo divulgativo, Escandell Vidal (1996: 187-200) le haya dedicado un capítulo completo. Samaniego Fernández (1996: 65-67), por su parte, recuerda la propuesta de Eileen Cornell Way en *Knowledge Representation and Metaphor* (1991) que intenta conciliar los enfoques semántico y pragmático con su teoría de la jerarquía dinámica de tipos.

¹⁸ Ortega y Gasset (1957a: 397).

¹⁹ Gotti (1991: 47).

con las consideraciones actuales, pero, no obstante dicha impresión, leyendo su ensayo se insinúa siempre la duda de si juzga la metáfora sólo equivalente al nombre, o en cambio la cree capaz de organizar en cierta medida la estructura argumentativa del discurso filosófico²⁰.

Ante el dilema de dónde englobar la metáfora, si en una categoría estrecha (nombre) o en una amplia (enunciado), Perelman y Olbrechts-Tyteca declaran que para que exista una figura retórica son indispensables dos requisitos: una forma independiente del contenido del discurso y un uso que se aleje del modo normal de expresión, y que, en consecuencia, llame la atención y se pueda distinguir. Sin embargo, aseguran que una figura adquiere todo su significado argumentativo sólo cuando esas dos características son abolidas por efecto del discurso, y si eso no se verifica, entonces la figura se percibirá como únicamente de estilo²¹.

Quizá no esté de más recordar en este momento que, frente a la polémica postura de Benedetto Croce que negaba la posibilidad de clasificar y racionalizar lo bello, Ortega²² defendió con denuedo la existencia de los géneros literarios y, coherente con esta convicción, en su razonamiento acerca de la metáfora establece desde las primeras líneas, como ya se ha visto, una división esencial de las cualidades idóneas del tropo según el sector referencial del discurso donde aparezca. En poesía se aprovecha “la identidad parcial entre dos cosas para afirmar –falsamente– su identidad total”, y en esto

²⁰ La diferencia conceptual entre los términos *texto* (sin contexto) y *discurso* (con contexto), según la conocida propuesta de Van Dijk (1980), ha perdido vigor en la actualidad, ya que la lingüística pragmática insiste en considerarlos sinónimos por ser ambos unidades comunicativas.

²¹ Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989: 176-179).

²² Lo declara explícitamente en un artículo de 1910 titulado *La picardía original de la novela picaresca* en donde asevera además que “Dejando para otra coyuntura la discusión con Benedetto Croce sobre si hay o no hay géneros literarios, yo creo firmemente que los hay. La obra artística, como la obra de la vida, es individual; pero de la misma suerte que necesita la biología del concepto de especie para aproximarse al individuo orgánico, ha menester la estética descriptiva del concepto de género literario para acercarse al libro bello”, (1957b: 122). Lázaro Carreter (1990a: 95-111) profundiza el tema de la concepción orteguiana de los géneros literarios.

consistiría el valor poético de un discurso. En la ciencia, en cambio, “se parte de la identidad total entre dos concretos, a sabiendas de que es falsa, para quedarse luego sólo con la porción verídica que ella incluye”²³.

De esa manera se introduce la noción de verdad como diferencia sustancial entre la metáfora literaria y la científica, porque para Ortega en el discurso artístico se va desde la verdad hacia la metáfora, mientras que en el discurso filosófico la verdad es la meta y la metáfora sólo uno de los pasos previos para llegar a ella, aunque es necesario matizar que, para él, la función poética que se percibe en un texto literario consiste en la exasperación de lo estético incluso hasta perder cualquier anclaje con la verdad y transformarse en mero goce²⁴. Sin embargo, opina por su parte Ricoeur, aseverar que sólo el discurso científico es capaz de manifestar lo verdadero es un prejuicio positivista, porque también la mimesis lírica describe los estados de ánimo²⁵.

De esta importante puntualización parece que no deja de ser consciente Ortega cuando sostiene que “[.. .] en una de sus dimensiones la poesía es investigación y descubre hechos tan positivos como los habituales en la explotación científica”²⁶. Si se atiende a este matiz, la metáfora, más allá de la aportación estética que confiere, sería un instrumento de conocimiento con la capacidad de crear significado tanto en los textos artísticos como en los textos de carácter especulativo, aunque habría que especificar que en estos últimos el aumento de significado que aporta la utilización de la figura no es un incremento del contenido teórico, porque el choque semántico puede ser una necesidad de carácter conceptual, pero no es aún un saber conceptual²⁷. En otras palabras, para Ortega no hay identidad entre lenguaje y pensamiento, la metáfora es un válido medio de expresión lingüística de la filosofía y de la ciencia en general, pero nunca será equiparable a los conceptos que sirven para confi-

²³ Ortega y Gasset (1957a: 393).

²⁴ Ortega y Gasset (1957a: 391).

²⁵ Ricoeur (1997: 404-413).

²⁶ Ortega y Gasset (1957a: 391).

²⁷ Ricoeur (1997: 392).

gurar una teoría científica o una corriente filosófica, por estar ubicada en los planos de la intelección y de la comunicación.

Podemos concluir constatando que en *Las dos grandes metáforas* Ortega, además de expresar con claridad meridiana su concepción interactiva de la figura, adelantándose así a Richards, esboza intuitiva y someramente otras vías que con el tiempo se transformarán en fructíferas líneas de investigación y análisis. Su insistencia en la estrecha relación entre concepto filosófico y metáfora posee ciertos puntos de contacto con la teoría expuesta por Lakoff y Johnson, mientras que su contundente defensa de la utilización de la metáfora en el lenguaje científico y en el filosófico es una prueba más de que poseía una conciencia lingüística muy inquieta y actual, y la reflejó en numerosos escritos suyos, en ocasiones ocupándose de aspectos tan concretos como la traducción²⁸. Al parecer, para él, dentro de los distintos ámbitos del saber científico, es sobre todo en la prosa filosófica donde más impelente se hace la presencia de la metáfora, por la característica peculiar de este lenguaje específico de combinar sin solución de continuidad el “modo recto” y el “modo oblicuo”²⁹. Aun admitiendo que la filosofía es una forma de pensamiento en relación directa con la ciencia, según Ortega es innegable, asimismo, que en su expresión se da una hibridación entre lo científico y lo literario, especialmente a través del género ensayístico, género del que el pensador español es uno de los máximos representantes³⁰.

²⁸ Martín (1995: 242-243, n. 5).

²⁹ Ortega y Gasset (1957a: 388). El modo de organización argumentativa de los textos filosóficos es absolutamente determinante si se tiene en cuenta la postura de Anscombe y Ducrot (1994: 214), cuando en su intento radical de integrar la semántica y la pragmática, llegan a decir que “[...] nunca hay valores informativos en el nivel de la frase. No sólo no hay frases puramente informativas, sino que ni siquiera hay, en la significación de las frases, componente informativo, lo que no significa que no haya usos informativos de las frases. Todo lo que queremos decir es que tales usos (pseudo) informativos son derivados de un componente más *profundo* puramente argumentativo”.

³⁰ Entre las características más sobresalientes del género ensayístico se ha señalado, además del ya aludido hibridismo, la flexibilidad temática. El ensayo es tal por el tono y la forma en que se enfoca un asunto y no por la rama de conocimiento al que éste pertenece. Véase a tal propósito Pedro Aullón de Haro (1992) y Juan Luis Suárez Granda (1996).

Referencias bibliográficas

- Abbagnano, Nicola (1971²), *Dizionario di Filosofia*, Torino, UTET.
- Anscombe, Jean-Claude y Ducrot, Oswald (1994), *La argumentación en la lengua*, Madrid, Gredos, (1988²).
- Aullón de Haro, Pedro (1992), *Teoría del ensayo*, Madrid, Editorial Verbum.
- Black, Max (1966), *Modelos y metáforas*, Madrid, Tecnos, (1962¹).
- Cacciari, Cristina, a cura di (1991), *Introduzione a Teorie della metafora. L'acquisizione, la comprensione e l'uso del linguaggio figurato*, Milano, Raffaello Cortina Editore.
- Casadio, Claudia a cura di (1996), *Itinerario sulla metafora. Aspetti linguistici, semantici e cognitivi*, Roma, Bulzoni.
- Casadio, Claudia (1996), *Linee per una teoria della metafora*, in *Itinerario sulla metafora. Aspetti linguistici, semantici e cognitivi*, a cura di C. Casadio, Roma, Bulzoni, pp. 13-47.
- Escandell Vidal, M. Victoria (1996), *Introducción a la pragmática*, Barcelona, Ariel.
- Fuentes Rodríguez, Catalina (2000), *Lingüística pragmática y Análisis del discurso*, Madrid, Arco/Libros.
- Gotti, Maurizio (1991), *I linguaggi specialistici. Caratteristiche linguistiche e criteri pragmatici*, Firenze, La Nuova Italia.
- Lakoff, George e Johnson, Mark (1998), *Metafora e vita quotidiana*, Milano, Bompiani, (1980¹).
- Lázaro Carreter, Fernando (1990a), *Ortega y Gasset. Esbozo de su poética* (1985¹), en *De poética y poéticas*, Madrid, Cátedra, pp. 95-111.
- Lázaro Carreter, Fernando (1990b), *Ortega y la metáfora* (1983¹), en *De poética y poéticas*, Madrid, Cátedra, pp. 112-128.
- Lotman, Yuri M. (1982), *Estructura del texto artístico*, Madrid, Istmo, (1970¹).
- Macola, Erminia (1997), J. Ortega y Gasset, *Vives o l'intellettuale*, introd. e trad. di E.M. e A. Brandalisi, Padova, Esedra.
- Mariás, Julián (1960), *Ortega. Circunstancia y vocación*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 285-310.
- Martín, Francisco José (1995), *La teoría de la traducción en Ortega*, in *Scrittura e riscrittura, Atti del Convegno AISPI 1993*, Roma, Bulzoni, pp. 241-253.

- Mayoral, José Antonio (1994), *Figuras retóricas*, Madrid, Síntesis.
- Ortega y Gasset, José (1957a⁴), *Las dos grandes metáforas (1924¹)*, en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, vol. 2, pp. 387-400.
- Ortega y Gasset, José (1957b⁴), *La picardía original de la novela picaresca (1910¹)*, en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, vol. 2, pp. 121-125.
- Pasotti, Stefano (1996), *Tra T. Kuhn e R. Boyd: la metafora nella scienza, in Itinerario sulla metafora. Aspetti linguistici, semantici e cognitivi*, a cura di C. Casadio, Roma, Bulzoni, pp. 85-98.
- Perelman, Chaïm e Olbrechts-Tyteca, Lucie (1989), *Trattato dell'argomentazione*, Torino, Einaudi, (1958¹).
- Richards, Ivor Armstrong (1967), *La filosofia della retorica*, Milano, Feltrinelli, (1936¹).
- Ricoeur, Paul (1997), *La metafora viva. Dalla retorica alla poetica: per un linguaggio di rivelazione*, Milano, Jaca Book, (1975¹).
- Samaniego Fernández, Eva (1996), *La traducción de la metáfora*, Universidad de Valladolid.
- Senabre, Ricardo (1964), *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*, Salamanca, Acta Salmanticensia, pp. 125-161.
- Suárez Granda, Juan Luis (1996), *El ensayo español del siglo XX. (1900-1990)*, Madrid, Akal.
- Van Dijk, Teun A. (1980), *Texto y contexto. (Semántica y pragmática del discurso)*, Madrid, Cátedra.